

GARCÍA SANTAMARÍA, José Vicente y SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos, *Marinos republicanos en los campos de concentración soviéticos, 1938-1956*, Catarata, Madrid, 2025, 190 pp.

Los caprichos de Clío son insondables e inagotables. Igual que los recovecos del destino son infinitos. En ambos, el pasado y el destino, resulta imposible acotar o siquiera amortiguar el impacto de las paradojas. Cuando el motor de la Historia comienza a rugir, todo puede acontecer. Todo es todo.

El último ejemplo lo podemos encontrar en el trabajo de los profesores García Santamaría y Sánchez Illán, que con un oficio contrastado y una agilidad notable nos presentan un caso paradigmático, el de los marinos republicanos que, tras ayudar vocacional y profesionalmente a la defensa y resistencia de la democracia española (representada en el Gobierno e instituciones de la República), padecieron cautiverio y castigo en los campos de concentración con los que Stalin salpicó la geografía de la URSS durante aproximadamente un periodo de quince años.

A narrar tan contradictorio hecho y descifrar sus causas y su desarrollo, dedican los dos historiadores nueve capítulos repletos de datos —aunque reconocen que «se precisan aún muchas fuentes documentales para aclarar y despejar numerosos interrogantes»— y de una interpretación histórica solvente a la par que, como se ha dicho, ágil y de amena comprensión (la historia también accesible para los lectores).

Como en todo escenario bélico, el dominio de las aguas marinas era fundamental. Además, en el caso de la guerra civil española, entraba en juego la importancia estratégica del estrecho de Gibraltar.

En ese contexto, se entiende a la perfección el papel que jugó la flota mercante española y, en particular, la que se mantuvo leal al bando democrático y republicano, lo que, de entrada, aseguró que muchos buques no cayesen en manos golpistas, y permitió la provisión de armas y otros pertrechos.

Según los autores, que demuestran un sobrado conocimiento técnico del tráfico mercante en esa época, la flota republicana «llevó a cabo 282 viajes para mover 861.647 toneladas con sus buques propios y 229 viajes en los que se transportaron 642.292 toneladas con otros buques fletados para la ocasión», teniendo en total «una capacidad de más de 200.000 toneladas de carga, repartida en unos 37 buques, casi un 20% de las toneladas brutas registradas por el conjunto de la flota mercante española antes del comienzo de la guerra».

Esta impactante, por increíble en algunos aspectos, historia comenzó allá por el otoño de 1937, cuando los nueve buques atracados en Odesa, Múrmansk y Feodosia fueron retenidos por los soviéticos. Las causas que los historiadores alegan como hipótesis principal de la captura indican que pudieran haber sido moneda de cambio para cobrarse las «deudas» que había contraído Campsa con el gobierno soviético.

El caso es que 500 marinos republicanos, estimación calculada por los autores en base a varios datos contrastados provenientes de diversas fuentes, iniciaron aquí su particular odisea: permanecer en suelo soviético. A pesar de que existieron desde 1939 varias operaciones de repatriación, a las que se acogieron muchos marinos y también pilotos (los autores despliegan información con todo lujo de detalles en este punto), fueron muchos los marinos que, por ser tildados de antisoviéticos, por no querer volver a la España franquista o también porque se consideraba que habían actuado de una forma excesivamente individualista, permanecieron atrapados en territorio ruso. Aunque también los hubo que se incorporaron a la vida civil y laboral de una forma voluntaria.

De manera que ahí tenemos el nudo del libro, el por qué se dio esa paradoja histórica durante 15 largos años. Nudo que los autores desenlazan con, nuevamente, un manejo experto tanto en documentación como en la historiografía pertinente, para ofrecer al lector el final de la trama: en 1941, el siniestro Lavrenti Beria, a la sazón Comisario del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética, ordenó, tras el ataque e invasión nazi, la detención, sin juicio ni garantía alguna, y traslado a Siberia de 25 pilotos y 48 marinos republicanos españoles. Solo era el inicio de la travesía del horror por el pasaron. El periplo continuó al año siguiente en Kazajistán y culminó seis años después, en 1948, en Odesa y Moscú, donde les esperaban unos arduos trámites para la repatriación. Al final, habían conseguido sobrevivir al infierno del gulag 24 pilotos y 34 marinos.

En España los recibieron con mucho tiento, con dudas iniciales (destaca la aportación de la Cruz Roja) y con división de opiniones, pues «no dejaban de ser militantes de sindicatos y partidos de izquierda, prohibidos y demonizados en ese nuevo tiempo histórico».

Hasta aquí los hechos, la historia. Pero los historiadores García Santamaría y Sánchez Illán no se quedan ahí. Y si bien la historia no juzga, sino que comprende, por decir como Lucien Febvre, los autores también cuentan quienes ayudaron y rescataron del olvido a estos pilotos y marinos, unas dignísimas redes solidarias y diversas asociaciones de deportados, así como quienes añadieron oprobio al oprobio, como el Partido Comunista de España, organización que, como suele decirse, miró para otro lado cuando no echó tierra sobre un asunto, al parecer, incómodo para la jerarquía de aquel momento, la cual había sido, casi en su plenitud, por los poderes de Moscú.

Aunque en 1990, el gobierno socialista reconoció a los pilotos como miembros del Ejército del Aire, la democracia sigue teniendo una deuda con los marinos, puesto que «no existe plaza o calle dedicada a su lucha ni recordatorio alguno por sus años de sacrificio. Un manto de ignorancia y desidia cubre su memoria, así como la de aquellos que perecieron en los campos de concentración nazis».

Ojalá sirva este libro de Historia como reclamo y llamada para que el motor del recuerdo se imponga al abismo del olvido. Para, al menos, poder aprender

de esos caprichos insondables que tuvieron lugar en el pasado y que la disciplina histórica hace presente pensando siempre en contribuir a que no se repitan en el futuro.

*César Luena López.*